



El Heladero (artista anónimo). Acuarela sobre papel de arroz. Museo de América, Madrid.

EL HOMBRE DE LAS NIEVES



Por Carlos Enrique FREYE
Teniente Coronel EP
carlosenriquefreyre@gmail.com

“EL HOMBRE DE LAS NIEVES”, es un cuento corto que narra las circunstancias de un hombre común arrastrado por los ideales de la independencia en curso y de su esposa que lo acompaña en los turbulentos tiempos de un anhelado de cambio que nunca es más que una razonable incertidumbre. El TTe CrI Carlos Freyre enlaza magistralmente los acontecimientos históricos con la figura de un personaje característico de la Lima Virreinal que se resiste a ser olvidado: El Hombre de las Nieves.

- *Ah...Ese hombre de las nieves que nos ha hecho separar tantísimos días. Y encima te devolvió con una bala en las ancas, le dijo ella.*
- *Creo que, si a mí me dieron esta cojera, él parece hielo que se derrite.*
- *¡Tanta libertad, Ramón! ¡Mira que somos! ¿Qué hemos cambiado? ¿Dónde está la vida que íbamos a vivir?*

Un día, la mujer se levantó con un cántaro a sacar agua de la pila y vio el nuevo bando pegado, aprovechando el amparo de la última noche, mientras el vecindario dormía arrullado por el olor de los adobes y las noticias volátiles. Estaba yuxtapuesto a otro bando similar, firmado por el general español Juan Antonio Monet, en el que se anunciaban premios más suculentos que los que se podían ganar en los juegos de azar o el trabajo denodado de las chicherías.

Por cada cabecilla de guerrillas 100 pesos, y 25 por cualquiera de sus subalternos.

En conclusión, podía hacerse uno menos pobre de lo acostumbrado, si movía a conciencia la lengua. El anuncio de Monet no había sido retirado. Simplemente pusieron el otro aviso como si se tratara de una contraoferta para los habitantes de los contornos de la calle de los Pericotes. La mujer dejó la vasija al lado del pozo y se acercó para leer mejor. Lo hizo en voz alta:

...considerando que los bandidos españoles que viven degollando y matando para conseguir de ese modo les presten auxilios...

Ofrezco: por premio de la cabeza de Monet, una gallinita culeca; por la de Ramírez, un capón; por la de Rodil, un perro; por la de García Camba, un pollo mojado; por la de Canterac, un pavo; y por cada soldado español, un huevo de gallina.

Firmado: el cacique Ninavilca

La mujer volvió por el agua. No sabía si estaba consternada o de mal humor porque tenía el corazón de otro tamaño, como si se le escapara por uno de los senos. Llenó el cántaro y regresó al solar. El marido, que se llamaba Ramón Ortega, salía de una puerta donde había estado comiendo unos panecillos y esperaba el agua para sacarse un amargor que le escocía los dientes por la mañana. Antes de beber, ella le contó la novedad. Al terminar de relatarle la novedad le reveló el autor:

- Es el hombre de las nieves.
- ¿Cómo sabes?
- El mismo ha dejado su rúbrica en el bando. Fíjate que fresco. Debiera ofrecer un poco más. Solamente paga con lo de su granja. Los españoles ofrecen mejores precios.

Y sonrió. Era la primera sonrisa que tenía en varios días; como si el mal humor repentinamente escampara. Conocía a Ninavilca desde que su memoria adhería recuerdos. No sabía de cuándo. Quizás era porque ciertos recuerdos se hacen tan de uno, que se convierten en una aureola personales. Quizás porque hay recuerdos que uno tiene antes de nacer. El marido la secundó:

- Ya no habrá aguas heladas para tomar hasta que los realistas dejen la tierra. Hay que apurarlos.
- No te entiendo, Ramón. ¿Hay que apurarlos?
- Sí.
- ¿Cómo que hay que apurarlos? ¿Quién va a apurarlos?
- Nosotros.
- ¿Nosotros? Nosotros si tenemos mucha suerte en qué cosa comer. No te estés metiendo en cosas Ramón. Ya suficiente mala suerte es que hayamos nacido en este tiempo.
- Es que ya estamos metidos, mujer. Yo fui quien pegó el bando del hombre de la nieve por la noche.

La mujer se atolondró. Debía tener el sueño muy pesado, porque no lo sintió levantarse. Debía ser ciega, porque en ningún momento vio el papelote escrito en la casa. Y, sobre todo, sentía que debía ser muy caída de un palto para no poderle leer el pensamiento a ese hombre con el que vivía exactamente diez años y tres meses.

- ¿Y ahora qué te pasa?, le dijo Ramón
- Es que me acabo de dar cuenta que no soy tonta, sino analfabeta.

Ignacio Quispe Ninavilca Santisteban había nacido en Santa María de Jesús de Huarochirí en el año de 1785 y era rematista en Lima del estanco de la nieve. No era un ciudadano cualquiera. En tiempos en que la refrigeración artificial ni siquiera frisaba la imaginación del escritor de fantasía más preclaro, el oficio de Ninavilca era un alivio para aplacar el ardor de los veranos en los vecindarios limeños. Cargaba hielo en acémilas, extraído en las montañas nevadas de Acombamba y lo trasladaba en dos días hasta Lima, con una parada de descanso en Quilcamachay, usando un camino muy antiguo llamado por tal razón de *Nievería*.

Antes de hacerse de los idearios independientes, los esposos solían cruzarse con él, pues ellos comerciaban con maíz que traían desde Huachipa y ambos coincidían que les parecía un hombre con suerte:

- Nunca va a faltar el hielo en la montaña y nunca va a faltar la sed de estos veranos, decía la mujer.

Paisajes de la Campiña de Lima y de la Sierra Sur



Se aprecia el río Rímac que irriga el valle. Vista desde la cara posterior del cerro San Cristóbal, la quebrada muestra el camino que, a inicios de la República, unía la pampa de Amancaes con San Juan de Lurigancho y, más allá se encuentra la nievería donde se almacenaban los bloques de hielo traídos en mula desde la sierra de Canta, cubierta de nieve.

Paisaje de la Campiña limeña (1861)
Cyrenius Hall
Fuente:: Museo de Arte de Lima

Tomado de Historia Ambiental del Perú
S. XVII y S XIX en:
https://issuu.com/paijan/docs/historia-ambiental-del-per-_-siglo

En 1820, el país vivía en las convulsiones del proceso por la libertad. Las noticias sobre las vindicaciones patrióticas llegaban del norte y del sur y afectaba la conciencia de los vecinos en pro y en contra. No hay miedo más exacto que el que se siente por lo desconocido. El nerviosismo cundía, pues tomar parte de una u otra forma no era tan simple como comprar el talonario de una rifa, sino que podía ser también una forma adquirir el boleto de la muerte, y las ejecuciones no se escatimaban ni se ahorran, pues si la munición escaseaba, buenas eran las cuerdas.

Cuando la mujer supo que su marido formaría parte de los cuadros de Ninavilca, supo que el azar le daría pocas opciones y una de estas era la viudez prematura. Lo despidió, lo bendijo con rezos cristianos e indígenas y lo alucinó en las alturas con sus atavíos de batalla y charreteras, más elegante que de costumbre. Poco después, cuando la fuerza en que se enroló se topó con el general William o Guillermo Miller, no causaría esa impresión. Además de la pestilencia a cosaco que traían por la dureza de la campaña, no parecían una fuerza militar sino una muchedumbre de desarrapados. Miller, oficial de carrera, formado en las disciplinadas huestes inglesas que hicieron frente a Napoleón Bonaparte, hizo anotar con sus ayudantes los colorines: *“montados en mulas, otros en caballos. Prendas de cabeza: gorras de piel de oso, cascos, morriones y muchos con sombreros gachos de lana de vicuña, algunos con plumas.*

Prendas de vestir: chaquetas de húsar, casacas de infantería y pellizas encarnadas quitadas a los realistas muertos. A éstos debe añadirse pantalones de mameluco, otros ajustados con campana y cuchillas corridas de piel, calzones cortos, sandalias y zapatos, pero todos estaban uniformados en una prenda.

Abrigo: cada individuo tenía un poncho, que llevaba en la forma usual o liado alrededor de la cintura en forma de faja o colgada fantásticamente del hombro.

Armas: la misma diversidad: fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas o picas, eran las armas con que el azar había armado”

A pesar de la feria de atuendos que advirtió Miller, este no dejó anotar que lo que les faltaba en qué vestirse, les sobraba en valor. A cada uno de los guerrilleros usar esos uniformes, aunque sea el de los realistas muertos, les infundía el sentido de ser un luchador potencial. Tanto, que no dudaron en cercar la ciudad de Lima y en emboscar compañías realistas, robándoles ganado, plata y fusiles. Aparecían en todas partes, casi siempre con éxito, y las noticias sobre sus incursiones cotidianas eran desesperantes.

La mujer de Ramón, al tanto de las novedades que seguían la curvatura de las acequias, sabía que sus avances habían alcanzado Matucana, Callahuanca, Casa Grande, Pomaticla, Huachinga, Santiago de Tuna, Chosica, Cocachacra, Chicla, San Bartolomé, Puruhuay, Chaclacayo, Huascata, Huampani, Vitarte, San Borja, y la Tablada de Lurín; en el punto que hasta hoy se conoce como Cruz de Hueso.

Cuando podía, Ramón iba a verla. Tenían sus encuentros al ocaso, en previsión a los espías y no quería comprometerla y en la escasez; él le iba relatando de sus avances, de la piel del caudillo que, como pocos, había renunciado a las comodidades y a parte de sus recursos proveniente de la extracción de las nieves. Solamente una noche discutieron. Don José de San Martín había llegado al país y Ramón le contó que le había concedido a Ninavilca una medalla de oro y el grado de capitán.

-
- ¿Y a ti que te dio?, le preguntó ella.
 - Me saludó con la mano.
 - ¿Y entonces para qué peleas? ¿Para que te saluden con la mano?
 - Peleo por la libertad
 - ¿Y qué es la libertad?

Él se quedó mirando la rama de un árbol que dejaba ver su negritud al contraste con la luna. No tenía una definición, pero si le cabía una idea:

- La libertad es como ese hielo que trae el capitán Ninavilca. Por ahora ese hielo está demasiado alto, pero el día que lo tengamos, la vida va a ser diferente. Y nos va a alcanzar para todos los veranos que nos queden.

Ella se puso a pensar en el hielo. Nunca lo había visto en su estado natural, sino solo en los bloques que traía Ninavilca.

La vida continuó con saltos. Dejó de ver al marido Ramón por meses. Una vez lo soñó sentado en una mesa de tornillo, comiendo un bloque de hielo como si se tratara de un almuerzo. “No sabe que rico está esto, mujer”, le decía en el sueño. Despertó. Estaba aclarando y oyó el ruido de las cabalgaduras que pasaban cerca y al salir de la habitación se dio cuenta que los realistas habían vuelto a ocupar Lima, bajo el mando del general José de Canterac. Era el 2 de junio de 1823 y nueve mil hombres habían irrumpido en una ciudad poblada por sesenta mil. Subió a uno de los techos que daban detrás del zaguán y contempló las formaciones que se mezclaban con los cultivos y se perdían en el colofón del poco universo que conocía a través de sus ojos.

La siguiente noticia que recibió de Ramón fue que había sido encarcelado en las mazmorras del Real Felipe, junto al cacique Ninavilca. Tembló de miedo. Otra vez comenzó a dudar si la libertad de la que hablaba su marido fuera una buena inversión. Recordó que ese mismo mes de junio en que llegaron, los españoles fusilaron a un pescador llamado José Olaya y preparó unas viandas para ver si emprendía un viaje al Callao y había alguna forma de alcanzárselas; no hay nada más feo que morir con el estómago vacío, pues quién sabía que tan largo eran los caminos al cielo, al infierno o al purgatorio y había que prevenir. Lo echaba de menos tanto, que estaba dispuesta a quedarse con él en la fortaleza. En el camino, le causó extrañeza que no hubieran sido los españoles los que lo apresaron, sino otro grupo de peruanos.

Simón Bolívar había llegado al Perú y las pugnas políticas con Riva Agüero, soliviantaron el comportamiento de las montoneras. Incluso hizo reaccionar a la aristocracia limeña, que se puso rápidamente en contra del libertador venezolano. Los guerrilleros como el cacique Ninavilca, se alinearon del mismo modo, excepto dos coroneles de guerrillas que se pronunciaron por Bolívar: Francisco de Paula Otero e Isidoro Villar. Villar, quien recorría las sierras entre Pasco y Canta, emboscó y capturó a Nina vilca a un buen número de sus hombres. Terminaron encerrados en el castillo de El Callao.

II

La otra mujer; la *reina negra* que le decían molía ajíes en un batán mientras le explicaba que era verdad lo de la fuga del cacique Ninavilca y su marido, *el Ramón*. Que estaban castigando al jefe de la plaza. Que ella había visto con sus propios ojos que le pertenecían desde el día que nació. Que se topó con los prófugos en uno de los caminos y que, en el fondo, ella creía que los habían dejado escapar. Porque pasar esas paredes no era cosa fácil. A no ser que el hielo se derrita y se convierta en agua. Pues dicen que los hombres terminan convirtiéndose en lo que manipulan y quien sabe que Ninavilca ya no fuera un hombre de carne y hueso, sino de nieve.

“¿Has visto el hielo alguna vez?”, le preguntaba la reina negra a la mujer, sin dejar de moler el ají. Sus hombros no se movían al compás del batán, sino del picante, cuyo olor saltaba sin respeto y le agredía la nariz corta. La mujer no le respondía, pues pensaba sin hablar, qué sería que fuera verdad lo que decía la *reina negra*, que sería que ahora el marido sea como un cuerpo de hielo, con ojos y boca. Que fuera un témpano y que en la noche ya no la caliente, sino que la enfríe y que tenga que levantarse a exprimir las sábanas llenas de agua.

Era el 12 de noviembre de 1823. Tres días antes Ninavilca, junto a los jefes de guerrillas Miguel Echarri, José Vallejo y Francisco Herrera; su marido Ramón y otro asistente más ya estaban en camino a la sierra nuevamente. Se instalarían en Huaroquín, en los linderos de la provincia de Chancay, con la idea de seguir peleando, después de elegir a un nuevo rival. Pues, si había algo que les sobraba ahora eran enemigos.

La reina negra siguió moliendo con el batán. Le decían “reina” porque de niña solía usar coronas de espinas en las procesiones. Por eso su cabeza estaba marcada de cicatrices que para ella no eran las llagas de una penitencia, sino las heridas de combate que solía tener contra el Satán, ese animal tan complicado, pues lleva la sangre caliente.

Cuando Ramón Ortega reapareció por la casa, una pandilla de perros afilaba sus narices en dirección de una ruma de cadáveres que no fueron enterrados y la calle de los Pericotes —en realidad, casi toda la ciudad—llevaba el cansancio de la independencia. En una de las pocas ocasiones que se vieron, entre 1824 y 1826 ella volvió a reclamarle por la ausencia. La guerra era larga y extenuante. Pero lo era también la soledad, la falta de amor, la incertidumbre de saber que cualquier día engrosaría la fila de las viudas. Las estrechas calles de la ciudad se iban ennegreciendo con el luto. Ramón le respondió:

- No te dije que iba a ser fácil. Tan fácil como una pelea de gallos. ¿Te acuerdas que veíamos peleas de gallos? ¿Te acuerdas? Un gallo se levanta y agarra su espolón y si acierta, el gallo rival cae sobre la arena y después va a parar a una cacerola.
- ¿Y eso que tiene que ver, Ramón?
- Es que estos gallos, resulta que reviven. Caen la arena y cuando crees que ya acabó y vamos a comenzar la fiesta, a las dos semanas han formado otra partida de gente.

No estaba lejano a su realidad. Después de haber sido y encarcelado por Bolívar, Ninavilca pasó al extremo opuesto. Fue ascendido a coronel y comandante en jefe de las guerrillas del centro por el mismo Bolívar. Pero en 1825, el pastel de bienvenida se volteó y el general venezolano lo acusó y condenó por conspiración. La pena de muerte que le impusieron fue conmutada por otra de cinco años; y, en 1827, esta vez el mariscal

La Mar, lo encontró revolucionando un cuartel con tropas descontentas, así que fue sometido a un consejo sumario que resolvió ponerlo de nuevo en el paredón.

Ya para ese tiempo, Ramón Ortega había dejado de seguirlo. Los ímpetus de la independencia estaban colmados, y en envés, ganó una cojera que lo lastimaba. Una bala alojada en la cadera se la descuadró y ya no podía subir y bajar de las sierras. Para efectos de las revoluciones que vinieron después de la partida de los últimos españoles, él era un hombre pasado de moda.

Ignacio Quispe Ninavilca tampoco corrió mejor suerte. Aunque se salvó de las ejecuciones a las que fue sentenciado y logró ejercer una diputación por el departamento de Lima, las energías se le fueron esfumando. Ramón Ortega lo vio un par de veces antes de que partiera a Guayaquil para no volver, pues murió en esa ciudad el año 1861, en la ruina más absoluta. Como todos los hechos que veía, se lo volvió a contar a su mujer.

- Ah...Ese hombre de las nieves que nos ha hecho separar tantísimos días. Y encima te devolvió con una bala en las ancas, le dijo ella.
- Creo que, si a mí me dieron esta cojera, él parece hielo que se derrite.
- ¡Tanta libertad, Ramón! ¡Mira que somos! ¿Qué hemos cambiado? ¿Dónde está la vida que íbamos a vivir?

Ramón miró un halo de luz rompiendo el claroscuro y el polvo en remolinos entrando hasta los zócalos desteñidos, con vocación veloz. Miró los ojos hundidos de la mujer, la cepa de sus arrugas, la escasísima piel de los labios cafés. Miró cuanta soledad había cultivado, solo que nunca tuvo un solo remordimiento. Le contestó:

- ***Le voy a pedir a Dios que me dé un poco más de vida y un poco menos de cojera para que podamos ver juntos la nieve. Ahora que podemos todavía.***

*San Borja, 15 de marzo de 2018
Carlos Enrique Freyre*